

tecimientos del día; porque ella es en el día de hoy el mayor y más solemne acontecimiento: sobrepuja todos los clamores de la prensa y del club, porque es demasiado alto su origen y demasiado poderoso su ascendiente moral para que nada ni nadie logre dominarla. Hoy tienen que hablar y escribir de eso, quieran ó no quieran, todos los que tengan lengua para hablar y pluma para escribir: buenos y malos, católicos y racionalistas. Porque la Encíclica halló en todas partes eco adverso ó favorable, en todas partes se la está recibiendo con absoluta sumisión ó con descarada rebeldía; en ninguna con desden ó indiferencia.

De eso hemos de hablar también nosotros, pues que tenemos á honra un puesto, aunque humilde, en el moderno combate, en el que no podemos, no deberemos, ni sabriamos rehuirle en la presente ocasion.

El primer efecto, decíamos, que ha producido en el mundo la última palabra pontificia, es de admiración, asombro, hondo estupor. ¿Cómo, se habrán dicho no pocos, á eso se atreve aún el Pontificado? Puesto el pié en el estribo, como tal vez podría decirse, para escapar fugitivo de Roma el oprimido pastor, ¿osa así encararse tan resueltamente con los poderes del día, todos con rara excepcion comprendidos en los anatemas que lanza contra la secta ma-

sónica? ¿No creíamos esperaba algo de Inglaterra y Prusia? ¿Cómo lanza, pues, ese guante atrevido á los masones coronados de Prusia é Inglaterra? ¿No decíamos se hallaría luego en el caso de pedir á cualquiera de ellos un asilo donde mantener un último resto de Independencia? ¿Cómo, pues, se cierra todas esas puertas con esa inoportuna declaración de guerra á todo el mundo oficial?

Realmente hay que confesar que á mucho se expone el Papa con ese sonoro bofetón aplicado por su suprema autoridad á las mejillas de todos los democráticos ó aristocráticos revolucionarios de los tiempos presentes. ¿A mucho se expone? luego á mucho se atreve. ¿A mucho se atreve? luego para mucho se siente aún con bríos, ese, según dicen, agonizante poder. Es que respira fuerte, muy fuerte, amigos míos, y dá que hacer aún á los vivos, á los más vivos ese moribundo que nunca acaba de morir. Ved lo que pasa hoy. Para mostrarle al mundo que en nada cuenta con él para su auxilio, y que nada teme de él en su daño, que, por decirlo así, sus naves ese insigne caudillo de las armas espirituales, y nuevo Hernán Cortés, aborda impávido las escabrosas costas de la revolución; métese á la ofensiva á sangre y fuego, en lo más adentro de los fortificados baluartes; busca cuerpo á cuerpo al monstruo para herir-

le en el centro del corazón. Y le ha herido ¡vive Dios! con certera estocada, y aquí tenemos á la fiera revolviéndose en desesperadas convulsiones, chorreando inmunda sangre, anunciando con honrrudo bramido el furor de su derrota.

Eso por lo que mira á la revolución fiera.

Mas para nosotros es de indudable certeza que la peor y definitiva herida mortal quien más directamente la recibió con la Encíclica, es la revolución mansa, ó sea el llamado catolicismo liberal. El *Syllabus* fué su sentencia de muerte. La última Encíclica es su ejecución y su entierro.

Andaban predicando á todas horas esos señores revolucionarios á medias, que son los peores de todos por lo mismo que no lo quieren parecer, que andaba extraviada la sanísima estrategia de los más firmes católicos en provocar contra el enemigo de hoy los rudos combates que todos sabemos. Por miedo á no sabemos qué conflictos de cada día, querían que nada ó muy poco se hablase de esas cosas, y siempre por lo ménos en estilo que pudiese prar empeño! vencer al enemigo sin irritarle, ni siquiera mortificarle; que se combatiesen enhorabuena las sectas de otros tiempos, pero nunca, eso no, la secta de hoy, como si en nuestros combates los católicos debiése-

mos atenernos á aquello de *á moro muerto gran lanzada*, que es ciertamente muy pacífico modo de combatir y que cuesta pocos disgustos; que por fin se guardase en todo la ley, no de la oportunidad, que esa es gran ley, sino del oportunismo, que es su falsificación y vil parodia.

Y hé aquí que en medio de todo eso truena súbito desde su Sinaí la voz del Papa; sanciona con esta Encíclica, que será en adelante la expresión más completa del Decálogo anti-revolucionario, toda la propaganda que durante los últimos años han venido sosteniendo con tan dolorosos sinsabores los adalides más firmes de la intransigencia católica; provoca contra toda apariencia de oportunidad, es decir, contra toda ley de oportunismo, la cuestión más candente de todas, en el momento más crítico de todos, contra las personas y cosas más autorizadas, dejando resuelta y sentada una vez más una verdad hoy por muchos desconocida, á pesar de ser de simple buen sentido; esto es, la de que nunca es mejor tiempo de combatir que cuando hay enemigos que presenten ó acepten combate.

La Encíclica con sólo decir: "Aquí estoy," ha logrado dos grandes victorias para la buena causa de la verdad. A la revolución fiera le ha dado la medida de su valor y de su fuerza. A la revolución mansa una

vez más la ha desmentido y desenmascarado. Y á todos los católicos nos ha dado con esto á la vez un gran consuelo y una gran lección. El consuelo, de saber que combatíamos bien, muy bien, cuando hablabamos tiempo há como habla hoy el Papa; la lección, de que prosigamos combatiendo desde hoy más que nunca con nuevo entusiasmo y valor, y siempre de esta manera.

Esto ha mostrado la Encíclica con solo presentarse.

II
El objeto de la última Encíclica de Su Santidad es la condenación de la masonería. Ya reprobada y anatematizada por el oráculo de Roma en anteriores Pontificados esta secta infernal, lo primero que ocurre aquí preguntar á propósito de esto es lo siguiente: ¿A qué esa nueva condenación de ella, si habia ya sobre la misma un fallo oficial de la Iglesia, fallo tan autorizado como el presente, fallo, por consiguiente, de igual fuerza y obligacion para los verdaderos católicos? ¿A qué hablarnos ahora el Papa otra vez de eso, á qué tanto ponderarlo los ultramontanos como última novedad?

Vamos á responder, segun nuestro pobre entender á tales dudas, y ellas mismas nos darán pié para estudiar y alcanzar cumplidamente la especial importancia que sobre todas las demás de igual índole reviste este documento.

La masonería estaba ciertamente condenada ya con este mismo nombre desde larga fecha, y nuestro mismo Santísimo Padre hace constar dichas condenaciones de sus gloriosos predecesores. Así que, pecado era pertenecer á la masonería, y secta maldita era esta ya como ahora, desde que por vez primera la declaró satánica y anticristiana el Maestro universal. Lo que no habian hecho los anteriores documentos pontificios era tan ampliamente definirla, retratarla, fotografiarla en sí y en sus obras, como acaba de hacer el actual Vicario de Jesucristo. Y en esto estriba lo más grave y trascendental de la presente Encíclica. Es pésima la masonería, es crimen ser mason, lo sabiamos ya y lo predicábamos todos los católicos. Empero ¿qué es ser mason, qué obras son las esencialmente masónicas, hasta qué punto está envenenada de masonismo la actual sociedad? Eso es lo que ignoraban muchos aun entre los buenos; eso es lo que no pocos, aun sanos católicos, no querian acabar de comprender; eso lo que para muchos era tan solo enojosa manía y fastidiosísimo tema convencional de periodistas intransigentes. De suerte que el principal alcance de la palabra pontificia ha sido esta vez, despues de condenar nuevamente á la secta, desenmascararla; despues de reprobarla, retratarla.

(Continuará.)

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 3.

Guadalajara, Octubre 8 de 1884.

NUM. 43.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

CARTA ENCICLICA

DE

NUESTRO SANTO PADRE EL PAPA LEON XIII.

A TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL MUNDO CATÓLICO EN GRACIA Y COMUNION CON LA SANTA SEDE APOSTÓLICA.

A nuestros venerables hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos de todo el Universo Católico en gracia y comunión con la Santa Sede Apostólica.

LEON XIII, papa.

Venerables hermanos, salud y Bendición Apostólica.

El año anterior como lo sabe cada uno de vosotros, Nos decretamos por medio de Nuestras Letras Encíclicas, que en todo el mundo católico y á fin de alcanzar el poderoso auxilio del Señor en las terribles pruebas porque atraviesa la Iglesia, se

tributase honra á la Insigne Madre de Dios por medio de la santa práctica del Rosario, durante todo el mes de Octubre. Hemos seguido en esto Nuestra inspiracion y el ejemplo de Nuestros predecesores que, en los tiempos más calamitosos para la Iglesia, recurrieron á la Virgen augusta por medio de preces y un acrecentamiento de piedad hácia Ella. Con tal unanimidad y presteza se ha acogido Nuestro deseo, que se ha visto de una manera brillante cuán grandes son en el pueblo cristiano la piedad y el celo de la religion, y la grande esperanza que todos tienen en la Divina proteccion de la Virgen María.

Esta gran manifestacion de piedad y de fé, Nos lo declaramos solemnemente, Nos ha consolado un poco en medio de las pruebas y de los males que Nos afligen, y Nos han dado nuevo ánimo para sufrirlos aún mayores, si así pluguiese á Dios; porque en tanto que el espíritu de plegaria se halle extendido en la casa de David y los habitantes de Je-